

Turismo y tradición en la Semana Santa del Bajo Aragón

JOSEP MARTÍ [Institución Milà i Fontanals. CSIC, Barcelona]

Actualmente, el turismo llega prácticamente a todos los rincones del planeta. Las posibilidades económicas, la constante mejora de los medios de transporte y el fuerte desarrollo de la cultura del ocio son la causa de que el turismo haya llegado a unos niveles nunca superados en el pasado. En palabras de Davydd J. Greenwood, el turismo constituye el mayor movimiento de bienes, servicios y personas que la humanidad ha visto a lo largo de toda su historia.¹

Ya hace mucho tiempo que en España se han ido configurando importantes puntos de destino turístico tanto para visitantes extranjeros como para la misma población del país. Frente a aquellos destinos que constituyen puntos neurálgicos de todo un verdadero movimiento de masas situados preponderantemente en zonas del litoral, el turismo va descubriendo asimismo otros escenarios que hace cincuenta años parecían absolutamente excluidos de la voracidad viajera. Éste es el caso, por ejemplo, del Bajo Aragón. Las deficientes estructuras de transporte, la ausencia de espectaculares vestigios arquitectónicos y la austeridad de un paisaje de secano difícilmente podían atraer al turista. Pero la importancia que ha llegado a alcanzar la celebración de la Semana Santa en esta comarca ha cambiado la situación. Hoy día ya no es noticia que durante el período de Semana Santa los carteles de *completo* aparezcan colgados de las puertas de hoteles y pensiones de la zona, incapaces de alojar a los 30.000 visitantes que por esta época se desplazan al Bajo Aragón. Con la ocupación hotelera al 100% de su capacidad, los turistas que desean aproximarse a la realidad de la Semana Santa del Bajo Aragón² deben pernoctar en un radio de 100 Km. Hoy día, para los diferentes municipios que forman la denominada *Ruta del Tambor y del Bombo*, Semana Santa y turismo constituyen dos realidades inseparables. Si exceptuamos la población de Alcañiz que en época estival es también capaz de atraer a un significativo número de visitantes turísticos debido a la historia conservada en sus muros,³ para el resto de las localidades de la Ruta del Tambor y del Bombo, se puede afirmar que sin su Semana Santa, hoy por hoy, el turismo prácticamente no existiría.

Entre las diferentes tipologías que se han establecido sobre el turismo, podemos citar la formulada por Valene L. Smith, que hablaba de *turismo recreacional, cultural, histórico, étnico y ambiental*.⁴ Todo turismo es recreacional en algún sentido u otro, pero la primera categoría establecida por Smith hace alusión a aquel tipo de turismo para el cual la componente hedonística del viaje es fundamental: el sol, la playa, las buenas comidas, el sexo, etc. Frente a este primer tipo, el *turismo cultural* así como el *étnico* centran su interés en el ámbito de la

cultura tradicional y folklore. Smith hablaba de *turismo étnico* para referirse al interés del visitante por sociedades muy diferentes a la propia.⁵ El *turismo histórico* tiene su razón de ser en las glorias del pasado tal como se manifiestan, por ejemplo, en los vestigios arquitectónicos y los museos. Y por último, el *turismo ambiental* alude a un interés básico del viajero por las especificidades geográficas, así como por las adaptaciones culturales a un medio en concreto. De acuerdo con esta tipología de Smith, el turismo propio de la Semana Santa bajoaragonesa debemos sin duda alguna entenderlo como *cultural*: aquel turismo que persigue el pintoresquismo local, las tradiciones, el descubrimiento de culturas locales que sin duda alguna encierran también una cierta componente de exotismo, sin llegar no obstante a los extremos propios del mal llamado *turismo étnico*. En el Bajo Aragón, los elementos necesarios para propiciar el turismo recreacional son más bien escasos. El paisaje propio de esta zona geográfica no es para este tipo de turismo el más apropiado y, asimismo, y por esta razón, apenas se han desarrollado infraestructuras turísticas. Pero su peculiar manera de celebrar la Semana Santa ha permitido la implantación del denominado *turismo cultural*. Hoy día se puede decir que la Semana Santa del Bajo Aragón constituye uno de los principales destinos de turismo cultural en la comunidad aragonesa.

No cabe duda que los actos propios de Semana Santa característicos de muchos puntos de la geografía española constituyen un importante punto de atracción para visitantes. Precisamente, tal como ha sido constatado por los estudiosos del fenómeno turístico, las celebraciones que forman parte de la vida tradicional representan uno de los más poderosos focos de atracción cultural para los turistas.⁶ A las renombradas celebraciones de la Semana Santa de la España meridional, se han ido añadiendo paulatinamente otras celebraciones de diferentes puntos de la península que –de un carácter marcadamente diferente a las andaluzas o murcianas– a menudo se han ido recuperando del letargo al que les condenaba el creciente descenso de sentimiento religioso al irseles otorgando la aureola de *patrimonio cultural*. Mientras que en algunas localidades la decreciente identificación religiosa de la población conduce a la desaparición progresiva de las manifestaciones tradicionales de religiosidad, en otras, estas manifestaciones se han visto, en las últimas décadas, fuertemente revitalizadas gracias a las significaciones y funciones de cariz identitario que se les atribuye y a su poder de atracción turística.

En el caso concreto de las variadas celebraciones de la Semana Santa en España, cada una de estas manifestaciones hace

1 Cfr. D. J. Greenwood, 1989; 257.

2 La capacidad hotelera de la comarca es más bien reducida, a pesar del ligero aumento experimentado en los últimos años. Para el año 1990 había en el Bajo Aragón un total de 384 habitaciones entre hoteles, hostales y pensiones, en 1995 eran 367, y 460 en el año 2000. A partir de 1998 se cuenta asimismo con un camping (con 637 plazas en el 2000) mientras que los establecimientos oficialmente catalogados como de *turismo rural* son prácticamente inexistentes (4 habitaciones consignadas para 1999). Fuente: Guía de Servicios Turísticos de Aragón. Gobierno de Aragón.

3 Según datos de la *Oficina de Turismo* de Alcañiz, para el año 2000 se consignaron un total de 23.911 visitas en la ciudad, de los cuales un 93.01% procedían de diferentes puntos del estado español, siendo de origen extranjero el 6.98% restante. El mayor número de visitas turísticas se realizan durante el mes de agosto, así como durante los días propios de Semana Santa.

4 Cfr. Prefacio a V. L. Smith, 1989; 20-23.

5 Aunque desde el punto de vista *emic* resulta justificada la distinción entre *turismo cultural y étnico*, una perspectiva *etic* debería relativizarla. En el fondo de esta distinción se halla la diferenciación siempre etnocéntrica valorada entre *nosotros y ellos*, asociando a estos últimos una componente exotizante.

6 Cfr. A. Mathieson y G. Wall, 1982; 159.

valer su poder de atracción aferrándose a lo que podemos denominar su *valor objetivo*; es decir, aquellas características que les otorgan valor ante la mirada atenta del visitante que busca con avidez nuevos destinos de viaje para sus vacaciones. En ocasiones, este *valor objetivo* vendrá dado por el atavismo, en otras por el valor artístico de los pasos procesionales o por el barroquismo luminoso de estas manifestaciones colectivas. En el caso de la Semana Santa bajoaragonesa, el *valor objetivo* de sus actos de Semana Santa es sin duda alguna el espectáculo totalmente inusitado que ofrecen cientos y cientos de participantes tocando el bombo y el tambor.

Cuando estas manifestaciones tradicionales poseen un importante peso específico para la población, pasan fácilmente a constituir un *elemento de representación*. Podemos entender estos elementos como aquel conjunto de rasgos o elementos culturales que cumplen funciones representativas para la población. La naturaleza de estos elementos puede ser muy diversa. En Salzburg, por ejemplo, la figura de Mozart constituye uno de sus más valiosos elementos de representación. En Río de Janeiro este elemento viene dado por la fama de su carnaval. En Escocia, la popular leyenda del monstruo del lago Loch Ness ha devenido asimismo un claro elemento de representación para la región. En el caso del Bajo Aragón, son sus bombos y tambores los que asumen esta función, además del caso concreto de Calanda en el que la figura del cineasta Luis Buñuel constituye también un innegable elemento de representación.

Estos elementos de representación, siempre importantes por lo que se refiere al turismo cultural, deben cumplir tres condiciones básicas: *arraigo*, *espectacularidad* y *singularidad*. *Arraigo* en el sentido que se consideren propios de la localidad a la cual representan. En el caso de Mozart para Salzburg o de Buñuel para Calanda basta con el hecho de que estos personajes hayan nacido en la localidad en cuestión. En aquellos casos en los que sea una manifestación cultural concreta la que asuma rasgos de representatividad aquello que se considerará importante será su antigüedad, real o supuesta. Estos elementos deberán poseer asimismo una cierta *espectacularidad*, en el sentido que constituyan elementos que por sus características propias sean capaces de llamar la atención despertando al mismo tiempo actitudes positivas hacia ellos. Por último, la *singularidad*, es decir, el hecho de que estos elementos puedan ser considerados distintivos de la colectividad en cuestión, es asimismo decisivo para que asuman funciones de representatividad de una manera efectiva. Así, por ejemplo, el monstruo del lago Loch Ness al que aludíamos en líneas

anteriores debe su razón de ser a una leyenda cuya existencia se remonta como mínimo al siglo VI cuando San Columba, evangelizador de Escocia, avistó al monstruo. La leyenda posee una innegable espectacularidad ya que no es en absoluto normal que algo parecido a un dinosaurio habite hoy todavía las frías aguas del lago, y es asimismo distintiva ya que no se puede decir que sean muchas las colectividades que poseen una leyenda de este tipo con plena vigencia. Estos tres elementos, *arraigo*, *espectacularidad* y *singularidad* los hallamos asimismo en los bombos y tambores del Bajo Aragón. Aunque en realidad poco se sepa sobre sus verdaderos orígenes no es raro que se hable de ellos como *sonidos ancestrales*. La tan generalizada actitud de querer dotar de la mayor antigüedad posible a las manifestaciones de la cultura tradicional,⁷ ha dado lugar a diferentes especulaciones sobre el origen de los tambores del Bajo Aragón: se lo ha localizado en tiempos de la Reconquista, se lo ha asociado a la presencia de los franciscanos en Híjar en el siglo XVI o incluso hay quien –de manera mucho más temeraria– ha visto en las legiones romanas la justificación de la gran afición que poseen los bajoaragoneses por los tambores.⁸ Si todas estas visiones aluden directamente al *arraigo*, por otra parte, no falta tampoco el rasgo de *espectacularidad* por lo que se refiere a la Semana Santa del Bajo Aragón. La imagen que proporcionan la *rompida* así como las largas procesiones formadas por cientos de personas, debidamente uniformadas y percutiendo bombos y tambores es, sin duda alguna, espectacular. Y, por último, esta práctica es lo suficientemente inhabitual dentro del contexto de la Semana Santa española como para que le sea fácilmente reconocida su singularidad.

Pero evidentemente, no basta que una manifestación cultural pueda ser entendida como *elemento de representación* por el mero hecho de cumplir las condiciones mencionadas. Sobre todo, es preciso que sea sancionada socialmente como tal por el uso. Y, especialmente, esto acontece cuando se recurre a estos elementos fuera y más allá del estricto marco sociocultural que les es propio. Esto sucede con la figura de Mozart con la que nos tropezamos continuamente en Salzburg en contextos que nada tienen que ver con la práctica musical; sucede con el monstruo del Lago Loch Ness cuyo nombre o imagen aparecen citados en lugares y momentos que nada tienen que ver con el estricto contexto de las leyendas; y sucede evidentemente también con los bombos y tambores del Bajo Aragón. En las últimas décadas, los bombos y tambores no se han limitado a salir dentro del marco que les es propio, la Semana Santa local. También han hecho acto de aparición en eventos

7 Véase al respecto J. Martí, 1996; 44-49.

8 Estos tópicos aparecen de manera especial en los artículos periodísticos de divulgación. Véase, por ejemplo, M. Sasot, 1992; 9.

En las notas informativas con carácter propagandístico difícilmente se omitirán las alusiones a la antigüedad. Ello puede suceder incluso en el caso de aquellos municipios como el de Andorra, en el que se sabe perfectamente que el uso masivo de bombos y tambores en su Semana Santa es de reciente introducción. El siguiente párrafo, por ejemplo, procedente de un texto editado en *internet* sobre la Semana Santa de Andorra, aunque no trata explícitamente el origen de la costumbre, no evita caer en la tentación de hacer algunas alusiones tendentes a dotar de una dimensión histórica a los tambores de esta localidad:

Ya en el siglo XIII, Jaime I «El Conquistador» (Rey de Aragón y Cataluña) incorporó tamborileros del Bajo Aragón a sus tropas; este rey concede a Andorra el título de Muy Noble Villa, no cabe duda de que los andorranos ya estuvieron presentes en aquellas batallas cñiendo sus tambores.

URL: <http://ttt.eui.upv.es/~jorvilaz/Pueblo/Semana.html> [marzo de 2001].



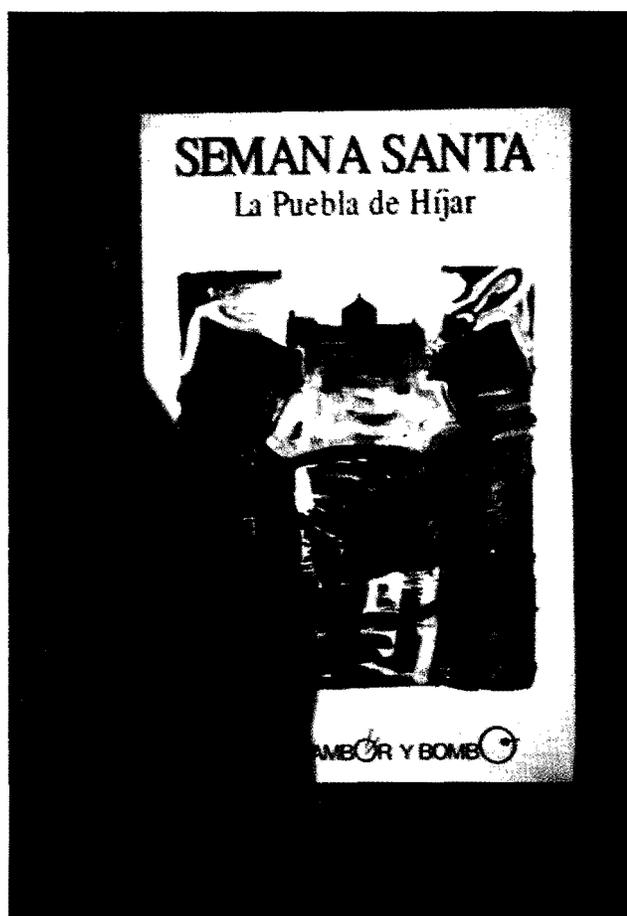
IZQUIERDA: La Puebla de Híjar.

DE DERECHA:

Alcorisa. Representación del Drama de La Cruz.

PAGINA SIGUIENTE:

Híjar. Sábado, antes de la Subida de Imágenes al Monte Calvario.



de tipo festivo o reivindicativo de muy diferente naturaleza. Así, por ejemplo, los bombos y tambores del Bajo Aragón estuvieron presentes en los juegos Olímpicos de Barcelona de 1992, se dejaron oír en el 23 de abril de 1992 en Zaragoza en una masiva manifestación que reivindicaba la plena autonomía para Aragón, o más recientemente, también se han sumado a las protestas masivas en contra del *Plan Hidrológico Nacional* impulsado por el gobierno español. Su presencia es asimismo obligada en las *Jornadas Nacionales de Exaltación del Tambor y el Bombo* que últimamente se convocan de manera periódica en diversas poblaciones españolas. La mayoría de los pueblos de la Ruta han erigido monumentos que hacen alusión al tamborilero, algunos de notables proporciones como, por ejemplo, los de Alcañiz, Albalate del Arzobispo o Alcorisa. Estos monumentos son también claros indicadores de los tambores como *elemento de representación*. Pero además de estos ejemplos podemos hallar otros casos que, aunque menos vistosos, aluden también directamente al valor representacional de los bombos y tambores: El hecho, por ejemplo, de que se pueda usar la denominación de la Ruta del Tambor y del Bombo como reclamo para alguna marca comercial específica,⁹ que se conozca con el nombre de *El Tambor* a un grupo de teatro alcañizano o también que se haya instaurado un premio honorífico, el *Tambor de Honor* que se entrega en la Puebla de Híjar a personalidades ilustres del mundo de la política y de la cultura.¹⁰ Todos estos ejemplos acabados de mencionar son plenamente significativos para el valor representacional que los bombos y tambores poseen para los habitantes del Bajo Aragón. Volviendo ahora al ámbito del turismo, está claro que estos elementos de representación cumplen la función de *atractivo*

turístico para sus localidades respectivas: Mozart lo es para Salzburg, el Monstruo del lago Loch Ness para Escocia y los tambores y bombos para el Bajo Aragón. Todos estos elementos pueden llegar a constituir lo que Davydd J. Greenwood conceptualizó como *color local*: la promoción de una versión mercantilizada de la cultura local como parte del *ensueño* turístico local.¹¹

Como parece lógico suponer, todos estos *elementos de representación* capaces de constituir el *color local* de una población tendrán una poderosa presencia en la industria del *souvenir*. En el caso del Bajo Aragón, aquello que se ofrece al turista son evidentemente tambores y bombos de reducidas dimensiones, mazas, videos, fotografías, *pins*, llaveros y camisetas reproduciendo bombos y tambores, libros alusivos a la semana santa, etc. En el caso concreto de Calanda, el visitante puede incluso llevarse *souvenirs* que aúnen los dos principales elementos representativos de la población: Tambores en miniatura que al mismo tiempo reproducen grabada en el parche la imagen de su justamente idolatrado Luis Buñuel.

Para el turista, las principales funciones del *souvenir* son tanto la de recordar vivencias como también el hecho de constituir una prueba tangible de haber realizado el viaje. Por ello, la industria local del *souvenir* constituye un valioso índice que nos señala cuáles son las expectativas del turista. Cada tipo de turismo tiene un tipo específico de *souvenir*.¹² En aquellas localidades en las que existe una larga tradición turística que va mucho más allá del mero turismo cultural, y más todavía si los visitantes acuden de manera masiva, no nos tiene que extrañar que la oferta del *souvenir* incluya objetos con los que los autóctonos no tengan que identificarse forzosamente. El *souvenir* no

9 Véase, por ejemplo, la publicidad de una factoría de productos alimenticios de la comarca en la que incluso se otorga la denominación de *tambores* a un tipo específico de queso (Cfr. URL: <http://www.fanbar.net/home.html> [marzo de 2001]).

10 El premio del año 2001, por ejemplo, fue otorgado al presidente del gobierno de Aragón, Marcelino Iglesias, por su oposición al *Plan Hidrológico Nacional*.

11 Cfr. D. J. Greenwood, 1989: 258.

12 Cfr. Nelson H. Graburn, citado en R. G. Schlüter, 1998: 8.



constituye un mero símbolo de la localidad, sino que también expresa cómo su comprador entiende esta localidad o el país representados por el *souvenir*. Un barcelonés, por ejemplo, no acaba de entender muy bien porqué en los numerosos comercios de recuerdos situados en la rambla barcelonesa, además de venderse objetos que aluden directamente a la realidad de la ciudad catalana, se ofrecen también estampas flamencas, espadas de Toledo o sombreros mejicanos. Para el turista no europeo que viene a Barcelona pensando en la imagen tópica de España, todos estos objetos se hallan plenamente justificados y serán, por tanto, susceptibles de ser comprados. Las diferentes existencias que se pueden adquirir en las tiendas de recuerdos se adaptan siempre a las expectativas del visitante. En el caso del Bajo Aragón aquello que se observa es una focalización casi absoluta de estos *souvenirs* hacia el ámbito temático de la Semana Santa. Esta monotematicidad alude obviamente a la fuerte focalización del turismo hacia un único objetivo, aspecto que puede ir cambiando en el caso de que, a la larga, los intereses turísticos puedan diversificarse.

El hecho de que la Semana Santa haya pasado a constituir un objetivo turístico no es algo fortuito. Los grandes carteles que encontramos con reiteración en las carreteras que dan acceso a las diferentes localidades de la Ruta recordando al automovilista que se adentra en el territorio del tambor y el bombo son harto indicativos para ello. La creación de la Asociación de la Semana Santa del Bajo Aragón ha jugado sin duda alguna un importante papel en este sentido. La asociación se constituyó legalmente como tal en 1986 aunque los inicios de sus actividades para fomentar la celebración de la Semana Santa de la comarca hay que situarlos en el año 1970. Desde entonces, la

asociación ha mantenido una actividad ininterrumpida en vistas a cumplir los objetivos claramente manifestados en sus mismos estatutos: preservar la tradición propia de Semana Santa de los pueblos que conforman la denominada Ruta del Tambor y del Bombo impulsada por la misma asociación, así como potenciar con estas celebraciones el turismo de la comarca. La asociación no se limita a realizar labores de difusión sino que tiene un papel importante en la configuración de los diferentes actos de la celebración de la Semana Santa ya que sirve de plataforma para articular entre sí las diferentes comisiones que se constituyen en cada localidad para organizar la celebración. Por este motivo, la junta directiva de la asociación está compuesta por tres representantes de cada uno de los municipios que componen la Ruta, uno de los cuales es el propio alcalde.

La asociación reunió en un principio las localidades de Alcañiz, Híjar, Calanda y Andorra. En los años posteriores se fueron añadiendo otros municipios hasta llegar a los nueve con los que cuenta actualmente. No todas estas localidades poseían la tradición de hacer sonar tambores durante la Semana Santa con la misma intensidad y antigüedad pero se fueron integrando en la Ruta por razones de vecindad y conveniencia. La labor desarrollada durante más de treinta años por la asociación ha conseguido dar una imagen realmente unitaria por lo que se refiere al grado de participación de los diferentes municipios en los actos de Semana Santa. El indudable éxito conseguido por la asociación ha propiciado la solicitud de otros pueblos turolenses para participar formalmente de la Ruta del Tambor y del Bombo, aunque de momento no parece factible la ampliación del grupo de municipios.



IZQUIERDA: Urrea de Gaén. Bombos.

PÁGINA SIGUIENTE IZQUIERDA: Híjar. Casco antiguo.

PÁGINA SIGUIENTE DERECHA: Híjar. Bombos bajo los arcos de la plaza.

Actualmente, las instituciones aragonesas son bien conscientes de la importancia que tiene el turismo como factor de desarrollo y del papel que pueden jugar las tradiciones para la captación del turista. Así, por ejemplo, en el discurso del presidente del Gobierno de Aragón Marcelino Iglesias en el acto de presentación de la Semana Santa bajoaragonesa del año 2001 estas ideas aparecían con toda claridad:

A los habitantes de cada municipio corresponde defender las señas de identidad que los hacen distintos y auténticos. Ésta es la encomiable labor que año tras año realizan los nueve pueblos de la Ruta del Tambor y Bombo. [...] El medio rural tiene que buscar continuamente fórmulas de progreso. [...] Utilizar nuestra música y tradiciones en beneficio de la comunidad es una oportunidad que no podemos perder. Se abre a los pueblos todo un mundo de posibilidades turísticas que redundarán sin duda alguna, en el beneficio de la colectividad. [...] El turismo es uno de los grandes factores de progreso para Aragón.¹³

Las instituciones no ignoran, pues, el papel dinamizador para la región que puede poseer el turismo cultural. De ahí que surjan también otras iniciativas con la finalidad de explotar estos recursos. Actualmente, por ejemplo, se está hablando de impulsar el turismo cultural en el Altiplano de Teruel. Si antes, pues, la captación del turista con intereses culturales se canalizaba en Aragón a partir del patrimonio histórico-artístico de conjuntos urbanos tal como el de la ciudad de Teruel –ciudad declarada Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO–, ahora las tradiciones y fiestas populares como, por ejemplo, la Morisma de Ainsa y, muy especialmente, la Semana Santa del Bajo Aragón constituyen asimismo importantes elementos de atracción turística.

El papel de las instituciones así como la labor que realiza la Asociación de la Semana Santa del Bajo Aragón es sin duda alguna importante para la relevancia turística de la Semana Santa. Pero a pesar de todas estas iniciativas, el interés que muestra actualmente el turismo por la Semana Santa bajoaragonesa no sería posible si ésta no ejerciera un poder de atracción real. Sin duda alguna, uno de los rasgos que aparecen más claramente al visitante de la Semana Santa bajoaragonesa es su vitalidad. Impresiona ver el gran número de participantes activos, todos ellos debidamente uniformados y marcando los diversos ritmos con los bombos y tambores, en unas localidades generalmente de muy reducidas dimensiones. La población en masa sale a la calle, sin distinción de edad, sexo o condición. Las largas procesiones o las masivas concentraciones de la *rompida* no se perciben en absoluto como aquellas reliquias del pasado que constituyen tantas manifestaciones cul-

turales, frágiles y decadentes, cuya vida parece que penda de un hilo, y se intuya su pronta desaparición. La vitalidad de estos actos de Semana Santa hace que tampoco sean percibidos por el turista como una mera escenificación interesada propiciada por la oficina de fomento turístico. Es algo más que esto. De ahí la fascinación que sin duda alguna despierta la Semana Santa bajoaragonesa.

Es harto sabido que el turismo no se limita tan sólo a ofrecer a los viajeros relajadas jornadas de descanso y placer. Uno de sus recursos es el de proponer estímulos que incluso pueden rozar la sensación de riesgo y peligro, tal como se presenta en el turismo de aventura. Este rasgo tiene asimismo su reflejo en el turismo cultural. En este caso, una de las claves del éxito de este tipo de turismo es que el visitante experimente lo que se denomina un *shock cultural*.

La expresión *culture shock* fue popularizada por Kalvero Oberg para referirse a la ansiedad que resulta de perder todos nuestros signos y símbolos familiares del trato social.¹⁴ LaRay M. Barna define el *shock cultural* como la fuerte reacción emocional y fisiológica que se experimenta en la inmersión repentina en una nueva cultura.¹⁵ En el caso de la Semana Santa bajoaragonesa, si la observamos bajo la perspectiva del turista, también podemos aplicar la idea de *shock cultural*, aunque evidentemente, con una obligada relativización. Entre los visitantes que presencian por primera vez los diferentes actos de la Semana Santa, la expresión que más a menudo se utiliza para describir sus impresiones es la de *sorpresa*. En primer lugar por el espectáculo que proporcionan las reuniones masivas de los habitantes del lugar tocando el bombo y el tambor. En segundo lugar, por el carácter lúdico que también poseen estas celebraciones y que no coincide con la manera de entender o imaginarse la Semana Santa por parte de muchos de estos visitantes. La dimensión chocante para el no iniciado que posee este uso masivo de los tambores, evidentemente, es algo que ya es constatable mucho antes de la gran revitalización experimentada por la Semana Santa bajoaragonesa a partir de los años setenta. Así, por ejemplo, hace ahora un siglo, Manuel Foz Bernaldo de Quirós en un artículo sobre Alcañiz comentaba: «A varios he oído decir, que esta costumbre de los tambores es una chifladura de los alcañizanos [...]».¹⁶ Y sintomática es asimismo la descripción que Joan Roig i Font realizó sobre la Semana Santa de Alcañiz en 1932:

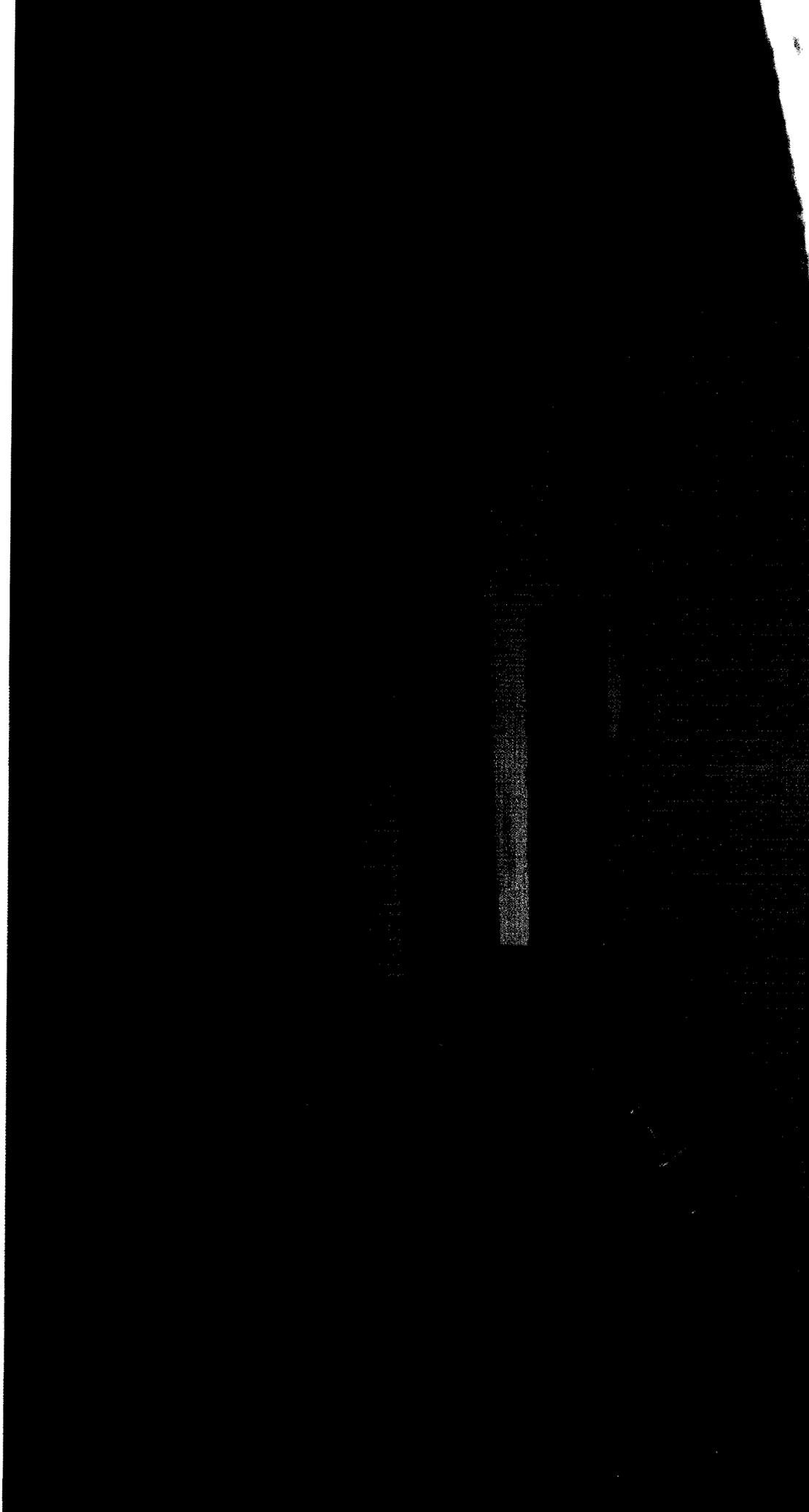
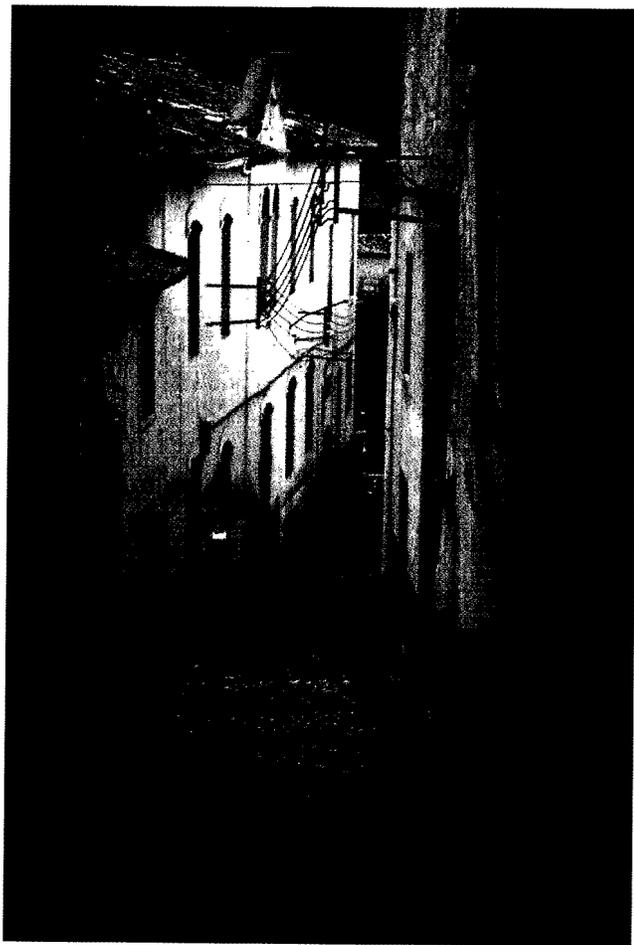
Una vez concluida la procesión [del Viernes Santo], los tamborileros vuelven a reemprender la labor de pasearse y mover ruido, el cual sube de tono después de la hora de cenar, y aquella *broma* [en cursiva en el original] dura, con más o menos

13 Saluda de Marcelino Iglesias, Programa de la celebración de la Semana Santa de 2001, editado por la Asociación Semana Santa del Bajo Aragón, p. 5.

14 Cfr. J. M. Bennett, 1998: 215.

15 Cfr. *Ibid.*, 216.

16 «Alcañiz», *Heraldo de Aragón*, 28.3.1902. Artículo reproducido en VV.AA., 1984: 54-55.





intensidad toda la noche, durante la cual rondan por las calles haciendo cencerrada por doquier. Con esto dan una fehaciente prueba de tozudez y resistencia física, acompañada de un buen *humor* [en cursiva en el original] que no se sabría cómo calificar, pero que no se corresponde en absoluto con el respeto que merece la santidad de aquella noche.¹⁷

En el *shock cultural*, objeto privilegiado de análisis dentro de la investigación de la comunicación intercultural, podemos detectar fácilmente cuatro diferentes estadios: descubrimiento, rechazo, adaptación y aceptación.¹⁸

El estadio del descubrimiento, alude a la primera toma de contacto directo con unos valores y prácticas culturales diferentes a las propias del individuo; de ahí que se genere la *sorpres*a. En el caso del turismo, este primer estadio constituye precisamente un estímulo importante ya que por lo que se refiere al turismo cultural, son justamente estas *sorpres*as lo que en muy buena medida justifican el desplazamiento de los viajeros. A pesar del carácter positivo que pueda tener esta *sorpres*a –el *turista cultural* está en principio predispuesto a aceptar de buen grado la diferencia cultural– ello no evita que se produzca en una segunda fase un cierto rechazo a estas prácticas con las que se confronta el turista dado que colisionan con su propia estructuración cultural. En el caso de la Semana Santa del Bajo Aragón ello se manifiesta con las críticas que, *soto voce*, a menudo formula el turista una vez ha superado el primer estadio del *descubrimiento*: «¿Y ahora qué?» comentario que escuché en una ocasión a unos turistas a la media hora de que la multitud hubiera iniciado el toque de los bombos y tambores en la *rompida* de Calanda. Si este comentario aludía al hecho de que se echase en falta *algo más* que el mero sonido de los bombos y tambores, otros comentarios, obtenidos asimismo a través de mi trabajo de campo, contenían un cierto matiz de crítica hacia la manera cómo se entendía la Semana Santa en el Bajo Aragón, una manera muy diferente a la habitual de muchos de estos visitantes: «Esto no es una Semana Santa, es una fiesta mayor»; o «esto parece Nueva York» (en alusión a la gran cantidad de visitantes que transitaban por las calles de Calanda durante el Viernes Santo y que contradecía la imagen que se tiene de una pequeña localidad rural). Resulta asimismo interesante observar el comportamiento del turista en la *rompida*. En el caso concreto de Calanda, cuando aún falta una hora para el inicio de los toques, se observan ya no pocas personas que van acudiendo a la plaza Mayor para asegurarse de esta manera un lugar de observación privilegiado. Son muchos los visitantes que no dudan en esperar estoicamente mucho rato en el escenario propio de la *rompida*. No obstante, a los pocos

minutos de haber iniciado el toque de los bombos y tambores no resulta difícil de advertir los laboriosos intentos de algunos turistas para escapar del estruendo. Tal como me dijo en una ocasión un lugareño: «El mogollón sólo lo entienden los del pueblo».

Estos dos primeros estadios del *shock cultural* se complementan con el de la adaptación, que implica la asunción de los nuevos valores y prácticas del entorno cultural, y con el de la aceptación, en el que el visitante puede considerarse integrado y hace suyos un doble cuadro de valores: el propio y el cuadro de valores que ha asumido del nuevo contexto sociocultural. Este último estadio implica la superación del *shock cultural*.

No es preciso decir, que no forzosamente debe producirse esta cadena completa de estadios. Los estadios integrativos (los dos finales) presuponen un cierto esfuerzo tanto por parte de las personas ajenas al sistema como por parte de los autóctonos. Podemos pensar que sólo una mínima parte de los visitantes serán capaces de recorrer los cuatro estadios. Serán aquellos que acaben sintiendo en su propio cuerpo la misma o similar agradable *borrachera del ruido*, que se animen a tomar en algún momento la maza del bombo ante la invitación de alguna de las cuadrillas locales y que, en definitiva, acaben viendo la Semana Santa como una verdadera fiesta y se sientan animados a vivirla como tal por mucho que las actitudes que sugiera la Semana Santa de sus localidades originales sean completamente divergentes. El turismo cultural busca *autenticidad*, pero lógicamente no una autenticidad como la del lugar de origen del visitante, sino una autenticidad diferente, que por tanto conduce fácilmente al *culture shock*.

En el caso de la Semana Santa bajoaragonesa, autóctonos y turistas coinciden en la celebración de unos actos, que, aunque en muy buena parte sean los mismos para unos y para otros, ello no significa que sean vistos de una misma manera. Las visiones desde dentro y desde fuera no tienen que coincidir forzosamente. Toda manifestación cultural es de por sí compleja en cuanto a sus significaciones y funciones. Difícilmente podrá el visitante asumir la indudable carga emocional que representa estas celebraciones para los autóctonos, pero por otra parte, el observador de fuera podrá constatar ciertas características que pueden ser pasadas por alto o minimizadas por los principales agentes sociales.

En las fechas previas a la Semana Santa de 2001 tuvo lugar la presentación de un estudio del etnomusicólogo Goffredo Plastino¹⁹ sobre la Semana Santa del Bajo Aragón en el cual, entre otros aspectos, se incidía en el carácter marcadamente lúdico de la celebración. En un artículo aparecido en un conoci-

17 Joan Roig i Font, 1932; 85-86.

18 Cfr. J. M. Bennett, 1998; 219.

19 G. Plastino, 2001.

do periódico barcelonés se hacía alusión a la presentación de esta publicación, y señalando que «Plastino critica la imagen edulcorada que dan los organismos oficiales de estos festejos»²⁰ reproducía asimismo el siguiente pasaje del estudio:

Los folletos turísticos no reflejan la auténtica realidad. Las cuadrillas de cofrades quedan en alguna casa, comen, beben y tocan en medio de la juerga. Yo tengo fotos con gente tocando con cascos de cerveza vacíos a su alrededor.²¹

Ante esta visión desde fuera, fue realmente muy sintomática la reacción de una persona muy identificada con la Semana Santa de Calanda, la cual, mediante una carta al director del mismo rotativo, protestó por lo que consideraba una falsa visión de la celebración:

Nunca en mi vida he sentido mayor indignación leyendo o escuchando comentarios sobre los tambores y la Semana Santa de Calanda. [...] Nuestros toques, nuestras creencias y nuestros sentimientos no tienen nada que ver con 'ansias de libertad' a las que se refiere el artículo. Tocamos los tambores al final de cada cuaresma celebrando la Semana Santa, haciendo patente nuestro sentir calandino [...]. Si algo no hay en nuestra Semana Santa es política, y tampoco «comemos, bebemos y tocamos en medio de la juerga», porque para montar una «juerga» como la que describen no necesitamos tambores.²²

Esta percepción de la Semana Santa de Calanda por parte de una persona que la vive con intensidad se merece todo el respeto. Pero no es ésta la percepción del visitante externo a la comunidad, tal como el turista. La componente lúdica de esta celebración es también innegable, una componente, por cierto, que algunos de los mismos protagonistas no dudan en reconocer abiertamente:

A mí me gusta salir porque si me emborracho un martes, soy un villano y un sinvergüenza... un mal padre de familia. Si me emborracho estos días sin parar de tocar, un héroe.²³

Se trata de un aspecto característico de la Semana Santa bajoaragonesa que evidentemente no es nuevo, tal como podemos apreciar en un texto de Taboada escrito en 1898 en el que tildando incluso de *cencerrada* la noche del Viernes Santo, se escribe:

Por la noche, entre diez y once, la gente de buen humor se prepara para dar nuevo *concierto* [en cursiva en el original] y organizar una *cencerrada* con tambores, latas, carracas y sonajeros de índole parecida; todo por el gusto de no respetar el bando de buen gobierno que prohíbe estos desahogos. Los curiosos se lanzan a la calle con el fin de presenciar escenas poco edificantes en la noche de más recogimiento para los católicos, donde se falta a los delegados de la autoridad y éstos no tie-

nen gran respeto a las garantías constitucionales, y todo resulta broma.²⁴

El aspecto lúdico de esta celebración fue asimismo recalado por la antropóloga Josefina Roma quien no dudó en atribuirle incluso rasgos de fiestas propias de Carnaval.²⁵

Los actos de la Semana Santa bajoaragonesa son claramente polisémicos. Bajo el signo de la religiosidad se aúnan la componente lúdica, identitaria y lo que es sin duda más importante para la propia población, la carga emotiva de una tradición que en algunas localidades de la Ruta ha sido vivida ya desde la misma infancia y de manera ininterrumpida a lo largo de diversas generaciones. Esta polisemanticidad se pone claramente de manifiesto en el hecho de que en las largas procesiones que se forman a golpe de bombo y tambor participan tanto creyentes como no creyentes.²⁶ Los propios agentes sociales son bien conscientes de las diversas significaciones de su Semana Santa:

Se confunden acontecimientos litúrgicos, celebraciones sacramentales que actualizan la pasión, muerte, resurrección de Cristo, con aspectos de religiosidad popular que nadan entre lo cultural, lo turístico, lo económico y el sentimentalismo nostálgico de pertenencia a un pueblo [...]. Sería bueno un esfuerzo por deslindar campos, clarificar realidades que tienen su autonomía y que deben caminar cada uno por su lado con respeto mutuo.²⁷

Todas estas diferentes significaciones tienen que ser tenidas en cuenta para entender el fenómeno. La visión que a través del mencionado artículo periodístico relativo al libro de Goffredo Plastino se daba de la Semana Santa de Calanda no era en absoluta falsa, pero evidentemente era tan sólo una de las vertientes de la celebración que para muchos de los mismos actores sociales puede pasar a un segundo plano ante la mayor relevancia que pueden tener para ellos las otras vertientes semánticas. De ahí la airada protesta como reacción a aquel artículo. Pero esta polisemanticidad es lo que en definitiva facilita no tan sólo la elevada participación popular sino también lo que despierta el interés del turista.

Cuando en líneas anteriores hablábamos del concepto de *shock cultural* aplicado al posible modo de percepción del turista hacia la Semana Santa del Bajo Aragón nos estábamos moviendo implícitamente dentro de los parámetros de la comunicación intercultural. En realidad, podemos pensar que la interacción entre visitantes y la población local de los municipios que forman la *Ruta del Tambor y el Bombo* no será demasiado intensa. De hecho, la interacción entre turista y población local es muy débil, algo completamente lógico dado el poco

20 M. Sasot, 2001; 32.

21 *Ibíd.*

22 M. F. Ferrer, «Tambores de Calanda» (Cartas de los lectores), *La Vanguardia*, 19.4.2001, p. 24.

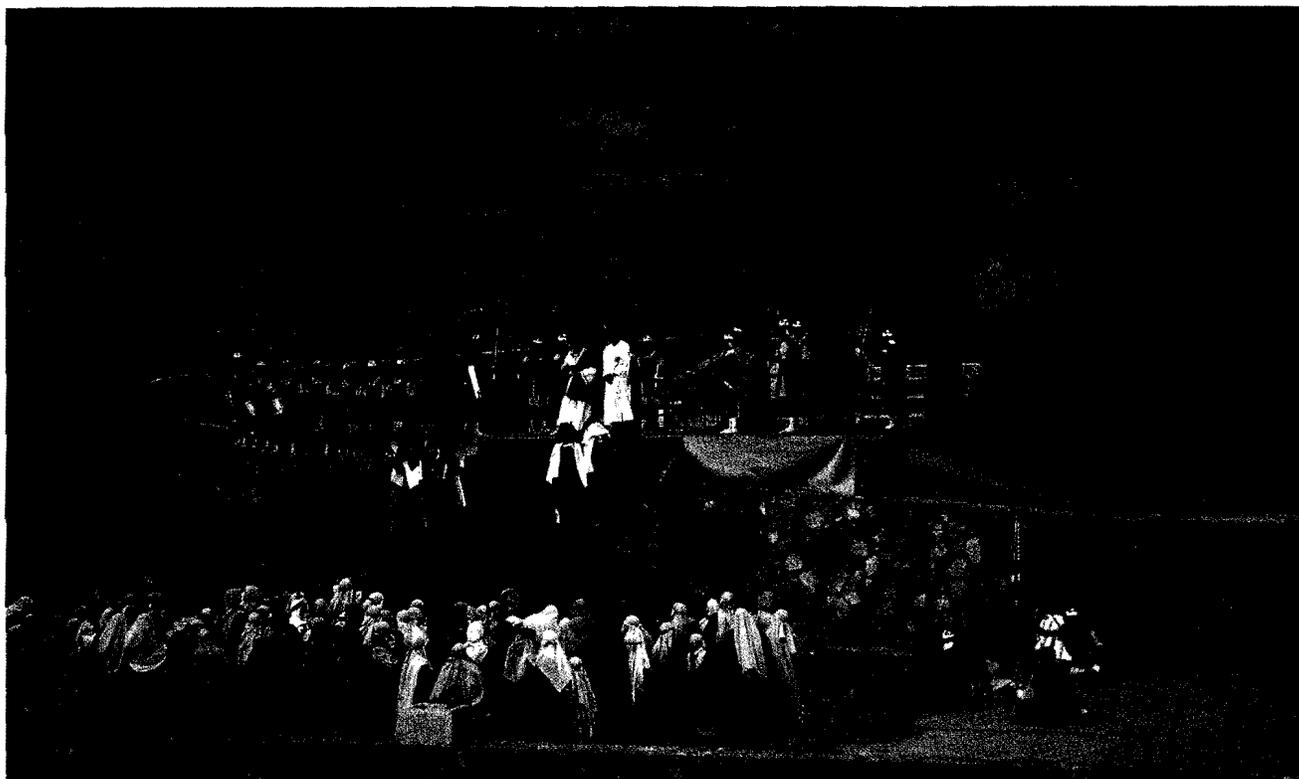
23 Opinión de una persona de Híjar citada en A. Lasala Meseguer, 1999; 106.

24 E. J. Taboada Cabañero, 1898, citado en J. Escuder et al., 1984; 53-54.

25 J. Roma, 1972; 171-173

26 Cfr. A. Lasala Meseguer, 1999; 34.

27 C. Berges y B. Romero, 2001; 42.



tiempo de permanencia del visitante que a menudo recalará en alguno de los pueblos de la *Ruta* no más de un día para así poder proseguir su recorrido por otras comarcas de la región. Pero ello no significa que a un cierto nivel sea inexistente. No es exactamente lo mismo tocar el tambor o desfilar por las calles en procesión sin público que hacerlo ante la mirada atenta de los visitantes y los continuos flashes de sus cámaras fotográficas.

Está claro que en el caso de la Semana Santa bajoaragonesa el principal punto focal de las diferentes celebraciones lo constituye la misma población. No hay ninguna duda de que las *fiestas* son en primer lugar del y para el pueblo, algo que además de ser cierto, gusta también de enfatizar. No estamos hablando de una serie de actos pensados en primer lugar o exclusivamente para el visitante, tal como no es raro que acontezca en tantos otros lugares en los que se teatralizan actividades alusivas a la vida tradicional para el disfrute del turista. La masiva participación de la población de estas localidades del Bajo Aragón no deja dudas al respecto. Y no es raro que este hecho se recalque asimismo explícitamente por parte de los agentes sociales. Así, por ejemplo, en una nota informativa relativa a la Semana Santa de Urrea de Gaén podemos leer:

La Semana Santa se vive como siempre, con la misma fuerza, pero sin aportar ningún gesto estrambótico para atraer visitantes.²⁸

Idea que también hallamos en el siguiente texto:

[...] el toque de tambor por los alcañizanos ya no es, mera anécdota folklórica para atracción de forasteros y turistas, sino profunda categoría etnográfica entrañada en nuestro pueblo.²⁹

Si esto es indudablemente cierto, por otra parte no puede negarse que los diferentes actos de la Semana Santa también se desarrollan dentro de un espíritu de *representación* en el que el visitante constituye un importante punto de referencia. Las declaraciones de un concejal de Alcañiz en 1991 son bien sintomáticas al respecto: «Tenemos intenciones de hacer las celebraciones cada vez más interesantes para las visitas».³⁰

La población no permanece indiferente ante la mirada curiosa de los visitantes y, por tanto, tendremos que pensar que la presencia de éstos deberá ejercer una cierta influencia en el desarrollo de los actos y en su evolución a lo largo de los años. Esta influencia se hace patente tanto en el plano semántico como en el morfológico: Por una parte se advierte un aumento del valor intrínseco otorgado por la población a este tipo de celebraciones, así como un incremento también del valor identitario que poseen los actos de Semana Santa. Por otra parte, a nivel formal, puede consignarse una mayor constrictión en los mecanismos de escenificación, el paulatino incremento de contenidos, el perfeccionamiento y también la uniformización. La presencia de turistas contribuye a aumentar el valor concedido a este tipo de manifestaciones. Sin duda alguna, cualquier tradición puede resultar profundamente entrañable para las personas que la practican o viven en ella. Pero la percepción social que se tiene hacia esta tradición cambia radicalmente cuando en lugar de desarrollarse dentro del más estricto ámbito de la intimidad local atrae a numerosos visitantes y a representantes de los medios de comunicación. Pensando en el caso concreto de Calanda, por ejemplo, la población no puede quedar indiferente ante el hecho de que en el momento más esperado de la Semana Santa, *la rompida de la hora*, junto al balcón de las autoridades, se erija una llamativa plataforma llena a rebosar de periodistas nacionales y extranjeros que filman y fotografían el acto sin descanso. De hecho, la Semana Santa de Calanda es cada año noticia obligada de los medios de comunicación españoles. Nada de extraño, pues, que en palabras de J. Miguel Ferrer, presidente de la diputación provincial de Teruel, se considere la Semana Santa bajoaragonesa como «Una de las manifestaciones culturales más importantes de la provincia de Teruel».³¹

Con el turismo, conjuntamente con el interés de los medios de comunicación, cambian los parámetros de visibilidad. Esto es importante. No se escenifica tan sólo para la propia comunidad

28 *La Semana Santa en Urrea de Gaén*, URL: <http://www.metropol.com/tpzabal/urrea/fruta.htm> [marzo de 2001].

29 F. Díaz Palos, «Divagaciones históricas en torno a los tambores», *Aragón Exprés Especial Semana Santa en Alcañiz*, marzo de 1975, citado en J. Escuder et al., 1984: 42.

30 Cfr. *Tribuna Aragonesa*, marzo 1991, pp. 6-7.

31 Saluda de J. Miguel Ferrer, Programa de la celebración de la Semana Santa de 2001, editado por la *Asociación Semana Santa del Bajo Aragón*, p. 6.

32 Tal como señaló Kai Detlev Sievers, la figura del *espectador mediático* debe ser tenida asimismo en cuenta en la dinámica de las celebraciones de tipo festivo. Cfr. K. D. Sievers, 1986: 12.

33 Cfr. R. Bauman, 1992: 41.

IZQUIERDA: Alcorisa. Representación del Drama de la Cruz.
DERECHA: Samper de Calanda.

local sino también para los de fuera, ya sea para los que se supone receptores de las informaciones que difunden los medios de comunicación³² como para los visitantes presenciales. Es entonces cuando una tradición concreta asume plenamente funciones de elemento identitario. Una vez sucede esto, sería totalmente incongruente pensar que este aumento de visibilidad no tiene que tener ningún tipo de repercusión para el desarrollo a nivel formal de esta manifestación cultural.

Esta realidad constituye a su vez un poderoso factor que influye directamente en la *escenificación* de los diferentes actos que forman la Semana Santa. La idea de *escenificación* es importante para llegar a comprender la dinámica de este tipo de manifestaciones culturales. Podemos entender por *escenificación* la realización por parte de los participantes activos de un conjunto de operaciones de manera premeditada y estructurada en vistas a obtener un producto final deseado y susceptible de ser consumido por un público (participantes pasivos). La *escenificación* implica como característica más importante la presencia de roles diferenciados entre participantes pasivos y activos. En el caso concreto de las diferentes actividades que configuran la Semana Santa bajoaragonesa, no estamos hablando pues solamente de unas meras prácticas de signo religioso sino que estamos hablando también de *performance*, es decir de un elevado modo de comunicación con pretensiones estéticas, que enmarcado convenientemente se presenta a una audiencia.³³ Está claro que el *Drama de la Cruz* de Alcorisa cumple plenamente y ya desde sus mismos orígenes y concepción los requisitos de la *performance*: es representación. Pero desde que el resto de los actos de la Semana Santa bajoaragonesa han visto aumentar su visibilidad a través de los medios de comunicación y el turismo, también han adquirido claros rasgos de *performance* que no tenían forzosamente que poseer en sus orígenes, al menos por lo que respecta a su intensidad. Así pues, también hoy las procesiones y las *rompidas* que se realizan en los diferentes pueblos de la ruta deben ser entendidas como *performance*, es decir como representaciones que son configuradas mediante su correspondiente *escenificación*.

La observación del desarrollo de la celebración de la Semana Santa en el Bajo Aragón durante las últimas décadas permite constatar fácilmente la mejora progresiva de la *escenificación* que han experimentado este tipo de actos. Esta mejora se pone de manifiesto tanto en la voluntad de ir aumentando paulatinamente la *oferta* cultural, como en el cuidado de la pre-



DERECHA:
Alcañiz. Hermandad de
Jesús Nazareno.
PÁGINA SIGUIENTE:
Alcañiz. Procesión de
El Silencio.



sentación de los más pequeños detalles. La realización de la primera representación del *Drama de la Cruz* en Alcorisa en los primeros años de consolidación de la Ruta del Tambor y del Bombo, concretamente en 1978, supuso una importante y lograda innovación en el ámbito de las ofertas culturales de la Semana Santa de la comarca. Pero esta voluntad de ir ampliando la oferta no ha decaído en los años posteriores. Son muchos los ejemplos que podemos citar: En 1991 se introdujo en Calanda el nuevo paso procesional de *Jesús entrando en Jerusalén*; en 1999, se recuperó en Samper de Calanda la escenificación del descenso. En el mismo año, en Calanda, se incorporaron las *carracas* –instrumento propio de Semana Santa tal como las matracas y tabletas– que en esta localidad son tocadas por niños de corta edad en las procesiones. En el 2000, Albalate del Arzobispo instituyó una nueva procesión, la del Jueves Santo. Un índice asimismo para este progresivo incremento de actividades lo constituye la creación de nuevas cofradías tanto en localidades que ya contaban con la tradición de este tipo de instituciones como en las que carecían de ella. De hecho, tal como señala Rosario Otegui, estas nuevas cofradías deben ser consideradas más bien como grupos que se forman para llevar algún paso procesional en lugar de entenderlas en un sentido estricto.³⁴ Son numerosas las cofradías de estas características que se han formado una vez constituida la *Ruta*: La Cofradía del Cristo de los Tambores y Bombos de Andorra (1975), la de La Dolorosa (1978) también de la misma población, las alcorisanas de la Coronación de Espinas (1986) y Oración en el huerto (1998), la de Calanda Jesús entrando en Jerusalén (1991), etc. Si se comparan los programas de los últimos años relativos a las celebraciones de Semana Santa tal como aparecen en los folletos de informa-

ción turística, se advierte un progresivo aumento de los actos anunciados:³⁵

NÚMERO DE ACTOS ANUNCIADOS POR AÑO Y POBLACIÓN

	1987	1992	2001
Albalate del Arzobispo	4	8	9
Alcañiz	7	8	12
Alcorisa	8	8	17
Andorra	11	13	17
Calanda	13	13	14
Híjar	8	11	14
La Puebla de Híjar	8	12	14
Samper de Calanda	7	12	13
Urrea de Gaén	7	11	13

Además de los actos más propios de Semana Santa se van introduciendo nuevas actividades tal como las exhibiciones de tambores y bombos, de cofradías o de alabarderos que se celebran en diversas localidades durante el Domingo de Ramos y que hacen las funciones de «prefacio» de lo que será la Semana Santa. No faltan asimismo otras iniciativas de signo ya directamente turístico como el tren especial compuesto por máquina y vagones antiguos denominado precisamente *Tambor*, con salida en Zaragoza y destino en Puebla de Híjar en el día de Viernes Santo, con el que desde 1991 se pretende fomentar la presencia en las fiestas de gente de toda la región y sus alrededores.

Esta preocupación por el aumento de contenidos hace que asimismo se restablezcan o refuercen tradiciones que aunque muy ligadas también a la Semana Santa no sean exclu-

34 Cfr. R. Otegui Pascual, 1992: 147.

35 Aunque en la mayoría de estos casos se trata de innovaciones, muy ocasionalmente se consigna también algún acto (como por ejemplo el de la Santa Misa) que en años anteriores no aparecía especificado en el programa.



sivas de ésta, como es por ejemplo la de los *Rosarieros* de Híjar, grupo de hombres que salen de madrugada e invitan a los vecinos a acudir al Rosario de la Aurora. La actuación rosariera de la noche de Jueves Santo es la más destacada del año pero también entonan sus letrillas en otras fiestas señaladas.

Al mismo tiempo que los bajoaragoneses se preocupan por ir incrementando los contenidos de su Semana Santa, no se descuida tampoco la mejora paulatina de las presentaciones. A inicios de los 70, por ejemplo, los andorranos que desfilaban con bombos y tambores no iban todavía uniformados. Hoy día sería inimaginable que salieran a la calle sin su correspondiente y característica túnica negra. A lo largo de las últimas décadas se han ido dictando en todos los pueblos de la Ruta normas de comportamiento para la participación en los diferentes actos de la Semana Santa, y la prohibición de participar sin el debido ropaje es una de ellas. La preocupación para dar más brillantez a las procesiones es constante: Se renuevan los mantos de las imágenes, se cuida la indumentaria de los trajes de los soldados romanos, desfilan mujeres elegantemente vestidas y con peineta –las denominadas *manolas*– se incorporan faroles en las procesiones... En el programa de mano de la representación del *Drama de la Cruz* de Alcorisa correspondiente al año 2001 se expresa sintomática y explícitamente este deseo de continua mejora:

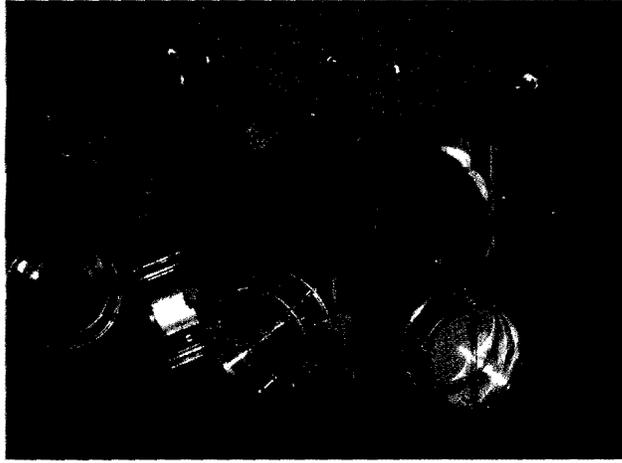
La primera representación se lleva a cabo el Viernes Santo de 1978. Desde entonces, muchas cosas han cambiado: se han incrementado escenas, se han modificado otras, se mejora el vestuario, la megafonía... pero siempre hemos intentado ser fieles a la realidad de los hechos. Es, por ello, que nuestro trabajo está en evolución constante, vivo, por lo

que cada nueva edición procuramos que sea un poquito mejor que la anterior.³⁶

Esta filosofía de constante mejora y autosuperación de la escenificación puede generalizarse para los diferentes actos de Semana Santa de todas las localidades que componen la Ruta del Tambor y del Bombo. Con este conjunto de actitudes, en el binomio que podemos establecer entre espontaneidad-escenificación se tiende a la pérdida progresiva de terreno de la primera a favor de la segunda: Aumenta la constrictión. Ya no basta, por ejemplo saber tocar el bombo y el tambor para participar en estas masivas manifestaciones, sino que resulta cada vez más imprescindible ir convenientemente uniformado con la túnica y el tercerol, lo que excluye en este caso la participación de toda persona que no posea esta prenda. En ocasiones se dictan incluso normas mucho más precisas como es el caso, por ejemplo, de la prohibición de llevar tercerol en la cabeza durante la procesión de la Virgen de Samper de Calanda del Sábado Santo. El carácter cada vez más escenificado de las procesiones desalienta la libre participación activa en ellas de aquellos visitantes que por sus creencias se añadirían a gusto a la comitiva. No es que actualmente se prohíba la participación activa, pero ésta es prácticamente inexistente en aquellas localidades con más visitantes debido a que éstos perciben claramente la existencia de un *escenario* que marca contundentemente los diferentes roles de participantes activos y participantes pasivos.

La presencia del turista en los diferentes pueblos de la denominada Ruta del Tambor y del Bombo es realmente muy desigual. Si en localidades como Calanda, Alcañiz, Híjar o Alcorisa, el turista constituye ya un elemento más de su Semana Santa, en las restantes, su presencia es mucho menor

³⁶ Introducción al programa de mano del *Drama de la Cruz* correspondiente a la edición de 2001.



IZQUIERDA: Andorra. Procesión a San Macario.
DERECHA: Calanda. Procesión del
Santo Entierro.

o incluso prácticamente inexistente. Pero aún en las localidades con menor presencia turística, dado que también se sienten formando parte integrante de la Ruta, el turismo ya sea como elemento real o bien como un horizonte de expectativas constituye asimismo un factor que incide en el desarrollo y concepción de las celebraciones. Con relación a la Semana Santa, todos estos municipios se hallan entre sí dentro de una relación sistémica, de ahí que se pueda consignar un incremento de los procesos de escenificación en todos ellos a pesar del diferente grado de presencia turística. Debido a esta interrelación se pueden observar asimismo lógicos procesos de uniformización.

Aunque en principio parezca una contradicción, la uniformización es algo que va ligado a los procesos de recuperación del legado de índole tradicional, especialmente cuando éstos se presentan espoleados por las perspectivas del consumo turístico. Con la recuperación se tiende a realzar rasgos idiosincrásicos de una determinada localidad pero éstos son presentados dentro de un encuadre estructural que tiende a la uniformización. Y esto es así por una razón muy sencilla. Lo que antes –cualquier manifestación cultural: una construcción arquitectónica, el legado cancionístico, tradiciones populares, etc.– podía tener rasgos muy marcados de idiosincrasia local, al entrar dentro del punto de mira de la sociedad actual, con su recuperación, deben cumplir unas expectativas de validez social general, en absoluto limitadas para la localidad en concreto de donde han surgido. La recuperación con fines turísticos de pequeños pueblos rurales caracterizados por su pintoresquismo constituye un excelente ejemplo para este fenómeno. Se cuidará en extremo la apariencia tradicional de sus calles pretendiendo con ello conservar la personalidad del pueblo. Pero por otra parte, se pondrá esmero asimismo en que no falte todo aquello que el turista pueda precisar: las oficinas de información, los hoteles y establecimientos de restauración debidamente acondicionados y bien surtidos, las tiendas de recuerdos, espacios destinados para estacionamiento de vehículos... Las calles, muy posiblemente a diferencia de décadas atrás, aparecerán extremadamente limpias y cuidadas, no solamente porque ello constituya un ideal de la sociedad actual sino también porque los establos que antes ocupaban la parte inferior de las casas se han transformado en viviendas o en pequeños comercios, y hoy ya no transitan animales por las calles. Se tiende a una uniformización que hallaremos en pueblos de tradiciones culturales muy diferentes. Tanto da de lo que se trate, cuando se recuperan cancioneros, tradiciones o pueblos enteros, nos hallamos ante productos pensados no

solamente para los agentes sociales de donde históricamente proceden sino para un público de índole general que sea capaz de entenderlos y *consumirlos*. En un contexto diferente, el medievalista francés Georges Duby incidía en esta misma idea cuando al contemplar algunas de las iglesias y castillos recién restaurados, se lamentaba de cómo se parecían todos entre sí: «El presente había impuesto su uniformizadora dictadura sobre el pasado y Disneylandia se había convertido en el modelo a seguir».³⁷

En el caso de la Semana Santa del Bajo Aragón no resulta tampoco difícil hallar elementos que confirmen esta tendencia a la uniformización dentro del conjunto general de las celebraciones de Semana Santa españolas. Un ejemplo bien claro para ello es la idea de representar el *Drama de la Cruz* de Alcorisa, un elemento que ha hecho fortuna asimismo y con anterioridad en otras localidades del estado español.³⁸ Pero esta tendencia a la uniformización la encontramos asimismo dentro del sistema que forman los diferentes municipios de la Ruta.

Aunque a un cierto nivel, el deseo de mejorar la oferta cultural a la que antes nos referíamos produce la recuperación o inclusión de nuevos elementos que diversifican el conjunto de actividades, por otra parte es indudable también que los diferentes actos de la Semana Santa de las localidades de la Ruta del Tambor y del Bombo se influyen entre sí y adoptan fácilmente elementos comunes que conducen a una cierta uniformización. Basta pensar en la importancia que ha adquirido el tambor en todas estas localidades, cuando antes no era así. Actualmente, el uso de la túnica constituye un elemento imprescindible en las escenificaciones propias de todos los municipios de la Ruta. Bien es verdad que se establecen distinciones entre ellos por el color del ropaje: morado en Calanda, negro en Híjar y Alcorisa, azul celeste en Alcañiz... Pero en todos ellos el uso de la túnica es una condición insoslayable. En todos los municipios menos en Alcañiz se ha adoptado la tradición de romper la hora. Las procesiones, con sus tambores y bombos, túnicas, pasos con sus correspondientes estandartes, guardia romana, organización en cofradías, etc. presentan numerosos rasgos comunes cuyo origen no se halla siempre en la propia tradición idiosincrásica de cada localidad en concreto sino en la influencia que los municipios se ejercen entre sí una vez se constituyeron en La Ruta. La existencia de la Asociación de la Semana Santa del Bajo Aragón no es en absoluto ajena a estos procesos de uniformización. Una de sus funciones ha sido precisamente la de poner en contacto realidades que antes llevaban vidas separadas. Las comisiones de los diferentes

37 Citado en J. L. Palos, 2001; 11.

38 Solamente en Cataluña, por ejemplo, hallamos los espectáculos de *Les Passions* en Esparraguera, Olesa de Montserrat, Cervera, Ulldecona, Sant Climent de Sescebes y Palau d'Anglesola.



municipios se asesoran entre ellas y no dudan en imitar de otros municipios aquello que consideren relevante para ir mejorando la escenificación de su propia Semana Santa. De ahí que a pesar de las diferencias cualitativas de carácter local que puedan mostrar las celebraciones de Semana Santa –el *Drama de la Cruz* para Alcorisa, la procesión de *Las palometas* para Alcañiz, el *Acto del Descendimiento* en Samper de Calanda, etc.– en su conjunto, las diferentes realizaciones de la Semana Santa de los pueblos de la Ruta se parezcan cada vez más.

CONCLUSIÓN

En todas las localidades de la Ruta se considera su particular manera de celebrar la Semana Santa como algo que, con mayor o menor arraigo, forma parte ya de la tradición local. Pero lo que resulta indiscutible es que sin la incorporación del elemento turístico tal como se ha ido produciendo a lo largo de las últimas décadas, estas fiestas no presentarían la imagen que hoy las caracteriza. Con la celebración de la Semana Santa, el Bajo Aragón ha ganado sin duda alguna en visibilidad pero esta visibilidad condiciona a su vez el desarrollo de la celebración.

Gracias a la Semana Santa, el Bajo Aragón constituye hoy día un objetivo turístico indiscutible, aunque también es preciso no olvidar la acusada estacionalidad que caracteriza al turismo de esta zona de Aragón. El turismo es ya de hecho estacional pero este rasgo aparece mucho más marcado en el caso del Bajo Aragón ya que en la gran mayoría de las localidades que componen la Ruta, las visitas turísticas se limitan prácticamente a unos días muy concretos del año: Semana Santa. Esta circunstancia resta evidentemente aliciente a la creación de mayores infraestructuras turísticas, ya que no serían rentables en el conjunto del año.

Hoy conocemos ya las importantes implicaciones socioeconómicas que puede conllevar la implantación del turismo en una zona determinada. Si por un lado el turismo proporciona una fuente de ingresos para una parte de la población local, por el otro, también se han señalado los peligros que representa el hecho de que se trate de una actividad inestable y muy dependiente de otros sectores de la economía, así como las repercusiones negativas medioambientales que puede acarrear, especialmente en el caso del turismo de masas. Otro asunto de importancia es la interacción que se produce entre el turista y la población local. El turismo, de una manera u otra, pone siempre en contacto personas de diferentes ámbitos culturales, y ello puede tener tanto consecuencias positivas –el turismo representa en muchos contextos un importante factor de modernización– como negativas ya que también implica en no

pocas ocasiones un elemento de desestabilización de sistemas culturales, especialmente en el mal llamado *turismo étnico*. Tzvetan Todorov afirmaba que la cultura solamente puede evolucionar por medio de contactos interculturales,³⁹ y, sin duda alguna, el turismo también contribuye a ello. Obviamente, el turismo en sí no será bueno ni malo, sino que todo dependerá del tipo de turismo, del tipo de turista, del tipo de zona receptora de turismo y del tipo de implicación de los propios medios de producción locales con el fenómeno del turismo en general. Por lo que se refiere al *turismo cultural*, caso específico del Bajo Aragón, una de las primeras cuestiones que se plantea el antropólogo es hasta qué punto esta *cultura* de interés para el visitante foráneo evoluciona y se modifica debido precisamente a su valor como objeto turístico. Parte del contenido de este artículo ha sido dedicada a tratar esta cuestión. Y la conclusión a la que hemos llegado es precisamente que la Semana Santa del Bajo Aragón no sería lo que actualmente es sin el factor turismo: el turismo ya sea como elemento real o bien como horizonte de expectativas. Este importante factor, conjuntamente con otros elementos propios de la Semana Santa bajoaragonesa: religiosidad, sentimiento de identidad, consciencia de tradición y necesidad de lo lúdico, ha contribuido a dar forma a un conjunto de actos que hoy día se caracterizan por su gran arraigo y vitalidad.

Por otra parte, el importante papel que ha desempeñado el factor turismo en la configuración actual de la Semana Santa no tiene que leerse en clave de *pérdida de autenticidad*. La autenticidad, según mis criterios, no se mide por el rasero de la fidelidad histórica, fidelidad a unas estructuras socioculturales que precisamente la historia puede haber declarado obsoletas, sino por la adecuación de una manifestación cultural dada al momento histórico en la que se produce. Por lo que se refiere al caso del Bajo Aragón, una prueba de esta autenticidad me la proporcionó una mujer cuando –entrevistándola en pleno verano sobre la Semana Santa de Calanda– me dijo: «se me pone la piel de gallina con sólo pensar en los tambores». La Semana Santa bajoaragonesa y el turismo representan hoy día dos realidades inseparables pero nada nos dice que debamos considerar estas celebraciones un mero espectáculo para consumo turístico. La mejor prueba de la autenticidad de estas fiestas la constituyen sin duda alguna la emoción de los cientos y cientos de bajoaragoneses que con sus bombos y tambores inundan cada año las calles de sus poblaciones.

39 Cfr. T. Todorov, 1988; 22.